

Pedro Martínez Montávez

«El Islam contemporáneo»(I)

Del 17 de octubre al 7 de noviembre del pasado año la Fundación Juan March organizó un «Aula Abierta» sobre «El Islam contemporáneo», que impartió, en ocho sesiones, Pedro Martínez Montávez, catedrático del Departamento de Estudios Árabes e Islámicos y Estudios Orientales de la Universidad Autónoma de Madrid. En las lecciones complementarias colaboraron Rosa Isabel Martínez Lillo e Ignacio Gutiérrez de Terán, profesores del citado departamento. Los títulos de las conferencias fueron: «Espacio islámico y espacios islámicos»; «Islam, colonización y descolonización»; «Islam, internacionalismo y nacionalismo»; «Islam, revolución y reforma»; «El Islam político: fundamentalismo(s) islámico(s)»; «El Islam y los derechos humanos»; «El Islam y la creación artística»; y «El Islam: siglo XV/siglo XXI».

Se ofrece a continuación un resumen de las cinco primeras conferencias. El de las restantes se incluirá en el próximo *Boletín Informativo*.

El Islam ha vuelto a adquirir un destacado y muy controvertido protagonismo durante las últimas décadas del siglo XX, constituyéndose en una de las piezas claves y determinantes de nuestro tiempo y del porvenir inmediato. Lo habitual es hacer una exposición del Islam mayoritariamente reduccionista, desvirtuadora y poco representativa, por ello, de su amplísima y polifacética naturaleza y de sus modos propios de realización y expresión, en su doble y trabada dimensión de doctrina religiosa y civilización. A lo largo de los dos últimos siglos ha venido enfrentándose también a importantísimos y sustanciales desafíos externos e internos, menos conocidos de lo debido y con frecuencia incorrectamente analizados y valorados.

Espacio islámico y espacios islámicos

El número de musulmanes supera con creces, en la actualidad, los mil millones. Cuantitativamente, el Islam constituye la segunda religión universal, tras el Cristianismo: la quinta parte de la población del mundo, aproximadamente, es musulmana. Cabe afirmar

con fundamento que se trata de una realidad planetaria, aunque lo sea con variables porcentajes de presencia e implantación. Está dotado además seguramente de una indudable capacidad de expansión y crecimiento, lo que puede consolidarlo y reforzarlo en el futuro inmediato. El espacio islámico total es divisible y agrupable, al tiempo, en diversos espacios internos. Se trata de un espacio predominantemente afroasiático, que se extiende sin solución de continuidad prácticamente desde el límite atlántico africano, al oeste, hasta la región noroccidental del subcontinente indio, al este: desde Mauritania a Pakistán. Los porcentajes de población musulmana a lo largo y ancho de ese enorme rectángulo irregular son casi de absoluta totalidad o variablemente mayoritarios. Esta vasta masa territorial forma el núcleo dilatado y continuo del Islam, su columna vertebral. En él se sitúa el mundo árabe, o sustancialmente arabizado al menos en algunas de sus partes. Constituye un espacio propio, a su vez divisible y también agrupable en varios subespacios parciales, cuya identidad islámica no impide, sin embargo, la presencia de algunas minorías nativas no islámicas: cristianos, por ejemplo. Los árabes son la quinta parte, aproxi-



Pedro Martínez Montávez (Jódar, Jaén, 1933) es catedrático y ex director del Departamento de Estudios Árabes e Islámicos y Estudios Orientales de la Universidad Autónoma de Madrid. Fue decano y rector de la citada universidad. Profesor de la Universidad de El Cairo, se ha especializado en el estudio de la literatura y el pensamiento árabes contemporáneos y en el de las relaciones hispano-árabes. Entre sus últimos trabajos figuran *El reto del Islam*, *La larga crisis del mundo árabe contemporáneo* y *Los árabes y el Mediterráneo. Reflexión desde el final de siglo*.

madamente, de la población musulmana total y pueden reivindicar con fundamento una alcurmia y peso específico especialmente originales, significativos y representativos dentro del peculiar conjunto islámico.

El espacio árabe ha sido y sigue siendo la bisagra entre Europa, África y Asia, sobre el eje mediterráneo y como modalidad caracterizada del mismo. Si la función intermediaria y de encrucijada es consustancial al Islam y no cabe separársele, sustraérsele ni reducirsele, se cumple en el espacio árabe de manera particularmente ejemplar y clara. A pesar de que el subcontinente índico significa la solución de continuidad del Islam, existen al este del mismo impor-

tantes enclaves separados de población musulmana en porcentajes de gran mayoría: casos de Bangla Desh o Indonesia, por ejemplo: este último es el país más poblado del conjunto islámico total. En la misma India existe una importante minoría musulmana, resto de una población mayor en el pasado.

Un enclave menor de mayoría musulmana está en el Cuerno de África. En este continente, desde el vasto territorio subsahariano se dispone hacia el sur una auténtica periferia islámica con porcentajes de población muy variables, y algunos casos de claras mayorías: Malí, Níger, Senegal, Gambia, o la mitad de Nigeria. Otra periferia islámica se extiende desde el Cáucaso hasta Asia central, con las repúblicas ex soviéticas. La población de Turquía sigue siendo muy mayoritariamente musulmana. Queda «el Islam más allá del Islam» o el Islam fuera de sus tierras, que es principalmente consecuencia de movimientos migratorios, principalmente dirigidos hacia la Unión Europea y América. Se trata de un fenómeno en pleno desarrollo e incremento.

El espacio islámico total, con sus espacios y subespacios interiores, es, pues, un gigantesco crisol de razas, etnias, culturas, lenguas, costumbres y sistemas. El espacio islámico aparece asimismo como un escenario singular de encuentros y cruces, de actuación de principios y factores de homogeneidad y de heterogeneidad de peso y rango similares. Ello producirá una complejísima morfología de relaciones, combinaciones y amalgamas.

Colonización y descolonización

Lo que podemos considerar panorámicamente como mundo islámico contemporáneo es, en gran medida, el resultado consecuente de la expansión colonial eurooccidental y de la respuesta natural que provocó: la descolonización. El colonialismo afectó de forma muy mayoritaria, casi por entero, a todo ese mundo, en extensión y en intensi-

dad, en las formas y en los contenidos. Hay que tener en cuenta que la acción colonialista, radicalmente traumatizadora, se produjo en todos los terrenos: político, económico, cultural, social, psicológico.

Se olvida con frecuencia —o al menos se minimiza o rebaja considerablemente— el hecho evidente de que por el espacio islámico se asentaron los diversos ejemplos de imperios coloniales eurooccidentales, aunque lo hicieran de formas y en duraciones diferentes y produjeran también resultados y consecuencias muy distintos. El mundo árabe constituye un excelente ejemplo de rivalidad anglo-francesa en la empresa colonial y del propósito que animaba a cada uno de estos dos imperios de expansión sin solución de continuidad.

La descolonización resulta seguramente un fenómeno más complejo en el fondo y diversificado que la colonización. La problemática que origina es de orden interno preferentemente, y en bastantes aspectos más intrincada y de difícil solución. En numerosos aspectos y terrenos, los procesos de descolonización están aún hoy sin concluir definitivamente y satisfactoriamente. La descolonización tuvo en el espacio islámico un extraordinario alcance e importancia. Entre las naciones que recuperan su soberanía e independencia entre la década de los cuarenta y la de los ochenta hay casi una treintena que pertenecen al mundo del Islam.

Nacionalismo e internacionalismo

Los idearios nacionalistas han encontrado un vasto y variado terreno de destacada acción e influencia en numerosos países islámicos, como en otras tantas partes del planeta. En realidad, la inmensa mayoría de los estados islámicos contemporáneos son el resultado del proceso de descolonización —como ya se ha dicho— y también, al tiempo, del proceso de expansión, afianzamiento y aplicación de las ideologías nacio-

nalistas, plenamente identificadas con el propósito irrenunciable de recuperación de soberanía y de acceso a la independencia. Sin la acción combinada de nacionalismo y descolonización, que actúan conjuntamente, se complementan e interaccionan, el panorama político del mundo islámico actual sería muy diferente.

Se olvida que el Islam es una variante *sui generis* de internacionalismo, por la voluntad universalista que lo acuña e impulsa desde un principio, como doctrina y como aspiración, por su innegable vocación ecuménica. Evidentemente, esto no tiene nada que ver en principio con las tendencias y movimientos del internacionalismo político contemporáneo, pero sí contribuye para que lo situemos siempre en el lugar que le corresponde y apetece y no lo disloquemos: se trata de una propuesta clara y radicalmente contraria a las estrictamente locales.

En el espacio árabe se da, junto a los diversos nacionalismos locales que se concretarán en las correspondientes entidades estatales, una forma de nacionalismo mayor, de supranacionalismo, que es el panarabismo, el único que merece auténticamente la denominación de nacionalismo árabe, empleada en ocasiones en occidente de forma excesivamente ligera y claramente errónea. El panarabismo es, sustancialmente y por la fuerza de las circunstancias, una formulación intermedia e integradora, una tercera vía, a medio camino entre un panislamismo hipotético, y políticamente imposible, y los nacionalismos locales.

Con ambos, por consiguiente, tendrá su pertinente experiencia de cruces, aproximaciones y distanciamientos, confrontaciones. En el proyecto nasserista, y con la creación, efímera, de la República Árabe Unida, encontrará su máximo exponente y ejemplificación, tanto en lo positivo, que se va progresivamente reduciendo, por errores propios y por tajantes oposiciones ajenas —provenientes sobre todo del campo occidental— cuanto en lo negativo, que se

va progresivamente incrementando.

El panarabismo naserista es seguramente más una ideología —no carente, sin embargo, de justificados fundamentos parciales, lo que a menudo se olvidada— que una teoría política, y tampoco puede llegar a concretarse en sólido modelo político y social, aunque lo intentara. Debe bastante a ideas occidentales similares, pero cuenta también con sus elementos fundacionales de tradición propia. Buena parte de sus fracasos o errores, en consecuencia, son más bien resultado de defectos de aplicación que de fragilidad conceptual, aunque ésta sea también innegable en muchos aspectos. Provocó además una lucha de liderazgo en el mundo árabe —preferentemente en su porción próximo oriental— que degeneró en un endurecimiento insensato de la lucha intestina.

Reforma y revolución

La trayectoria seguida por el Islam contemporáneo es, en muy considerable medida y proporción, consecuencia y reflejo de innumerables aportaciones y proyectos renovadores, que parten de su propio patrimonio doctrinal y cultural e, indagando en él con variable grado de decisión y acierto, tratan de brindar respuesta oportuna a los muchos desafíos que las nuevas realidades sucesivas plantean a las exigencias de cambios. Negar estos esfuerzos que podemos considerar de actualización es negar lo obvio, sustraerle algo que le es sustancial y caracterizador. Frente a una concepción estática y atemporal del Islam, que también existe y se materializa en abundantes ejemplos de diverso cuño, intención e influencia, hay otra, reflejada y recogida asimismo en un enorme abanico de muestras y contribuciones pertinentes, genuinas, que se proponen justamente lo contrario: su dinamización, su temporalización.

Aunque la distinción pueda ser algo simplificadora y esquemática, parece cierto que tales numerosas tendencias y aportaciones se ajustan esencialmente a

dos patrones o modelos principales: las de corte reformista y las de corte revolucionario. En origen, en finalidad y en procedimiento, por consiguiente, cabe marcar una clara diferenciación entre las mismas, aunque las evoluciones correspondientes que sigan las afectarán sin remedio, produciéndose finalmente un panorama mucho más entrecruzado y opaco.

Las tendencias reformistas aparecen y actúan con anterioridad y tienen sin duda mayor difusión y experimentación. Desde el siglo XIX, y prácticamente hasta la actualidad, los movimientos y tendencias reformistas cubren todo el espacio islámico, aunque tengan sus hogares y núcleos preeminentes —Egipto, Turquía, India/Pakistán, Argelia, Túnez, por ejemplo— y sigan sus particulares procesos evolutivos. El reformismo dio finalmente menos frutos de los esperados, sin conseguir buena parte de los profundos cambios propuestos, de manera especial en la esfera social y en las costumbres. En realidad, fue involucionando con claridad, adoptando posiciones progresivamente más conservadoras y tradicionalistas. Tuvo que someterse también demasiado a las circunstancias nacionales y locales, perdiendo libertad de acción y pensamiento. El ejemplo de Egipto resulta claramente representativo de esta trayectoria, y la asociación de *al-Ijwán al-muslimún* («los Hermanos musulmanes») la refleja con propiedad.

Quizá resulte exagerado hablar de realizaciones a las que aplicar con propiedad el marchamo de revolucionarias en el mundo islámico contemporáneo, y hay que entenderlo más bien en el sentido de tentativas y experiencias de tal índole, no totalmente consolidadas. Seguramente, la única revolución auténtica fue la realizada por Atatürk en Turquía, radicalmente nacionalista y antiislámica. En todo caso, no se ha carecido de tentativas así etiquetadas y que parcialmente responden a tales propósitos y exigencias. Tentativas preferentemente políticas, que tratan de dar cauce a ideologías fundamentalmente nacio-

nales. En líneas generales se van concretando como productos más ambiciosos en sus orígenes, planteamientos y mensajes iniciales que en sus desarrollos posteriores. Las grandes presiones externas a las que se ven sometidas, y las evidentes carencias parciales y contradicciones internas, van reduciendo sus avanzados postulados y propósitos básicos de partida y sus aspiraciones de transformación social. Aunque diferentes entre sí, las experiencias argelina, egipcia y palestina son equiparables en este aspecto.

La revolución jomeinista, con la implantación de la república iraní, es un caso aparte, aun cuando se vea obligada también a ir aproximándose paulatinamente a posiciones reformistas. Fue la única surgida en medio *xií*, y ello le dota de un contenido material y simbólico diferente. Junto al radical cambio de rumbo que introdujo en Irán, apareció dotada de un seguro efecto traumatizador en gran parte del espacio islámico conjunto, y de manera muy particular en los países de su entorno. Introducía unos evidentes riesgos de amenaza y desequilibrio inmediatos, lo que explica ampliamente las reacciones muy mayoritariamente recelosas, contrarias y de firme rechazo a que dio lugar.

Fundamentalismo(s) islámico(s)

Uno de los fenómenos más descolantes entre los acaecidos durante las últimas décadas en el espacio islámico —si no en su totalidad, sí en su mayor parte, y con incidencia y significado muy especiales en el espacio propiamente árabe— es el de la extensión e intensa presencia y actividad de lo que se ha dado en denominar fundamentalismo —o integrismo— islámico, o en otras ocasiones, y reduciendo aun más la percepción y la terminología abusiva y erróneamente, fundamentalismo —o integrismo— árabe. En puridad, fundamentalismo e integrismo son dos denominaciones surgidas y vehiculadas con anterioridad en el medio cristiano occi-

dental, y que sólo podrían trasladarse a medio islámico, a pesar de su impropiedad básica, invocando presuntas similitudes y paralelismos parciales entre movimientos originarios de ambos medios diferentes y distanciados. En realidad, se trata más bien de una reaparición y un resurgimiento que de una aparición y un surgimiento. Las tendencias y opciones más correctamente calificables de islamistas o islamizantes existían con anterioridad en el mundo islámico contemporáneo, pero resulta evidente que en el final de siglo, han crecido considerablemente en cantidad, en expansión, en influencia y en mensaje y propósitos políticos: también, en no pocos casos, en organización. Los islamistas buscarán ahora con claridad la obtención y el ejercicio del poder, o al menos, en su defecto, compartirlo en la forma más beneficiosa para ellos.

El mensaje regeneracionista, de regeneracionismo interno y unilateral propio de los movimientos islamistas, tiene también sus definidos objetivos sociales, inseparables e indivisibles dentro del proyecto total. Hay que transformar también a la sociedad musulmana. Parece evidente que, en este campo, los islamistas son todavía más radicales que en el terreno político, se proponen restaurar unos modelos, comportamientos y costumbres que podrían fácilmente situarse al margen, y hasta en contra, de muchos de los derechos que ya, inexcusablemente, son patrimonio inalienable de individuos y colectividades. Para que se produzca esta revitalización concurren otros hechos y motivos. Entre ellos, y de forma principal, la gran erosión que experimenta el proyecto nacionalista panárabe. El mensaje religioso islámico puede reformularse nuevamente en términos de esperanza y salvación, con facilidad y sin gran esfuerzo teórico, y recuperar en gran parte el terreno que había perdido o en el que había ido quedando muy reducido y controlado. El Islam pasa de ser religión agredida a ser religión liberadora: o puede al menos ser presentado o reinterpretado así. □

Pedro Martínez Montávez

«El Islam contemporáneo» (y II)

Tal como se informaba en el anterior *Boletín Informativo*, entre el 17 de octubre y el 7 de noviembre del pasado año, la Fundación Juan March organizó un «Aula abierta» sobre «El Islam contemporáneo», que impartió, en ocho sesiones, Pedro Martínez Montávez, catedrático del departamento de Estudios Árabes e Islámicos y Estudios Orientales de la Universidad Autónoma de Madrid. En las lecciones complementarias colaboraron Rosa Isabel Martínez Lillo e Ignacio Gutiérrez de Terán, profesores del citado departamento. De las cinco primeras conferencias se incluyó un resumen en el *Boletín Informativo* del mes de marzo. Ahora, en éste, se ofrece el resumen de las conferencias restantes que llevan por título: «El Islam y los derechos humanos», «El Islam y la creación artística» y «El Islam: siglo XV/siglo XXI».

El catedrático Pedro Martínez Montávez fue decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Madrid y rector de la misma. Profesor de la Universidad de El Cairo, se ha especializado en el estudio de la literatura y el pensamiento árabes contemporáneos y en el de las relaciones hispano-árabes. Entre sus últimos trabajos figuran *El reto del Islam*, *La larga crisis del mundo árabe contemporáneo* y *Los árabes y el Mediterráneo. Reflexión desde el final de siglo*.

El gran desarrollo que adquieren las cuestiones políticas en el mundo islámico, hasta hacerse predominantes y ser casi las únicas tratadas y relativamente conocidas, contribuye seguramente a que las propiamente sociales lo sean menos. Esto, habitual en nuestro medio, no refleja correctamente lo que dentro de ese mundo islámico se está produciendo desde hace tiempo y seguramente se ha ido incrementando durante las últimas décadas de este siglo. Se está viviendo un tiempo en el que las exigencias de carácter social son cada vez más acuciantes y preferentes; exigencias de cambios auténticos y de adaptaciones reales y adecuadas a la contemporaneidad. Se está intentando pasar de la verdad divina al contrato social, y esto, naturalmente, no puede acontecer sin generar enormes



conflictos y convulsiones.

Como viene ocurriendo ante otros grandes problemas y desafíos, esenciales, de fondo, trascendentales, en el Islam contemporáneo se plantea una pregunta crucial: ¿se basta a sí mismo para conformar una teoría de los derechos humanos y su aplicación consecuente, o se ve obligado, por el contrario, a seguir e imitar servilmente modelos, concepciones y soluciones ajenas y, en concreto y ante todo, occidentales? Si se considera que los términos puestos en contraste son absolutamente antagónicos, resultaría prácticamente imposible que se deriven respuestas y fórmulas susceptibles de amplia aceptación y que cuenten con garantías suficientes de aplicación real y efectiva. Si se buscan conciliaciones fáciles y simplistas, la cuestión seguirá sin resolver y gene-

rará seguramente problemas aún mayores.

Uno de los debates más tensos y polémicos es el que se desarrolla en torno a la democracia como método más adecuado de expresión y representación de la pluralidad y la diversidad. Se silencia u olvida con frecuencia que experiencias democratizadoras ya se dieron con anterioridad en diferentes países musulmanes. Sirvieron en realidad de poco, funcionando más bien como pretexto para introducir sus efectos más negativos y corruptores. Estas tentativas fallidas de aplicación no pueden constituir sin embargo ni una excusa ni un freno, según mantienen bastantes representantes de la que podría considerarse actual y embrionaria cultura civil, para proceder a su nuevo ensayo.

La cuestión de la mujer tiene, indudablemente, relieve e importancia singulares, preeminentes. Es simplista, tópica y con frecuencia malintencionada la presentación que suele hacerse en medios occidentales de esta cuestión, pero es también indudable que la mujer, en medio musulmán, es objeto de grandes y graves discriminaciones y se encuentra en situación general de hiriente desventaja respecto del varón. Se trata seguramente más de un problema social —de malos hábitos y costumbres—, legal y jurídico, que propia y estrictamente religioso. Existe evidentemente, desde hace tiempo, conciencia del problema e intentos y propuestas de solución, para llegar a conseguir que, en la esfera de lo público, mujer y hombre tengan una participación, reconocimiento, beneficio y responsabilidades iguales.

El debate sobre las minorías es seguramente el que se encuentra en un estado más retrasado de suscitación y discusión. Es, también, de los más complejos, espinosos y necesitados de clarificación interna y de diversificación objetiva en el análisis y las propuestas de solución, dada la heterogeneidad natural de la cuestión. El mundo islámico es también, en bastantes

aspectos y situaciones, un extraordinario muestrario de minorías, de muy distinto origen, entidad, representatividad y distribución. Las implicaciones políticas derivadas son, obviamente, enormes y de muy arriesgado cálculo y previsión. En todo caso, y aunque esté todavía en fase simplemente apuntada de planteamiento y discusión, aparece como absolutamente ineludible cara al porvenir inmediato.

El Islam y la creación artística

El patrimonio artístico que creó y legó la civilización islámica clásica es de extraordinaria importancia y abarcó todos los territorios por los que el Islam se extendió y en los que se implantó. Ni las opiniones más opuestas al Islam como hecho histórico universal, y claramente detractoras del mismo, pueden mantener lo contrario ni dejar de reconocerle ese gran mérito y valor. Aunque traten de reducir y rebajar la originalidad, la envergadura y la enjundia de muchas de sus manifestaciones artísticas creativas, en un empeño tan inútil como posiblemente tendencioso y que demuestra, en todo caso, un gran desconocimiento del asunto.

Todo ese enorme y magnífico patrimonio ha sido recibido también, obviamente, por el Islam contemporáneo y reelaborado y recreado dentro de él. Interesa especialmente insistir en este punto porque con suma frecuencia, lamentablemente, en las exposiciones que se hacen sobre el Islam contemporáneo las referencias al hecho artístico creativo brillan por su ausencia, o son absolutamente simplistas, indocumentadas y deleznable.

Es seguramente el panorama de la imagen el que resulta más sugerente, ilustrativo y, en algunos aspectos, innovador. Está en directa e íntima relación con el tema de la representación animada, naturalmente. Es opinión casi unánime y universal que el Islam prohíbe tajantemente toda clase de re-

presentación figurada, de modo especial la animal y preferentemente la humana. Se trata de una opinión equivocada, y basta para demostrarlo así tener en cuenta los no escasos ejemplos de esa índole que hasta nosotros han llegado de siglos anteriores. Lo indudable, no obstante, es que la supremacía básica que lo conceptual adquirió en el hecho estético musulmán contribuyó considerablemente para que disminuyera la expresión figurada, o quedara subsumida, subordinada o integrada.

El panorama actual de las artes figurativas, dentro del mundo del Islam, es sin duda digno de atención e interés. Aunque con evidentes diferencias y después de haber seguido también procesos evolutivos diversos, la pintura —y en menor grado seguramente la escultura— han encontrado su lugar y su acodo. Es indiscutible que gran parte del desarrollo que han ido adquiriendo es consecuencia de influencias occidentales, pero se producen también notables tentativas de recreación experimental de su propio patrimonio.

Buena parte de ello lo constituyen, por ejemplo, la destacada y gustosa aceptación y práctica de tendencias abstractas, surrealistas y genéricamente simbolizantes, y la abundante incorporación de motivos y temas caligráficos como signos dotados de genuinidad profundamente identitaria, y como renovada muestra de la entidad propia que lo aparentemente decorativo ha tenido siempre en la manifestación artística islámica. Estupendo ejemplo asimismo de la aceptación plena de la imagen en este medio es el desarrollo adquirido por el cine, con producciones de relevancia, cualitativa o cuantitativa, en algunos casos concretos, como el iraní, el argelino o el egipcio.

Sólo cabe hablar de literatura islámica, o hasta de literaturas islámicas, en función de motivos y técnicas, de mensajes y de propósitos. El término, por consiguiente, sólo es utilizable de manera restringida. Intentando, no obstante, encontrar algunos elementos

parcialmente comunes, cabría aceptar, con las oportunas reservas y particularidades, la permanencia de dos corrientes: una, más folklórica y popular, otra, más elegante y refinada. En todo caso, la base fundamental y constitutivamente lingüística de la expresión literaria impulsa y asienta más los hechos de distinción y diversidad que los de comunidad e igualdad.

El desarrollo de las manifestaciones teatrales, como marco de confluencia del vehículo creativo de la palabra y el de la imagen, ha ido produciéndose también de forma bastante parecida, de doble tendencia: popular o culta, y con una excesiva servidumbre, en bastantes casos perjudicial, a modelos occidentales. Y algo no muy diferente cabría decir referido al panorama musical, aunque sean observables también, como en el teatral, esfuerzos meritorios y en buena parte logrados de indagar en las raíces y en el patrimonio propio más creativo y original.

En pocos terrenos como en este de la creación artística se refleja el hecho indiscutible de que el Islam es, en sí mismo y al tiempo, un caso excepcional de multiculturalidad e interculturalidad. Y, por lo mismo, ejemplo excepcional también de tensiones, tentativas y experiencias muy variadas de superación o reducción al menos de las mismas.

Siglo XV H.-Siglo XXI C.

El Islam fecha también la existencia y la historia de la humanidad a partir de él. Aunque este hecho, en origen decisivo y lleno de intención, tenga ya escasa incidencia, conviene sin embargo recordarlo y tenerlo presente. También el Islam ha transitado de un siglo a otro, entrando en su XV, hace poco más de veinte años.

El Islam se ha visto sometido, durante los dos últimos siglos, a múltiples procesos evolutivos, en los que permanencia y transformación han actuado de múltiples formas, provocan-

do profundas crisis de identidad. Es indudable que viene siendo arrastrado por una dinámica progresivamente más acelerada, extensa, intensa e inevitable; sumamente incierta y fluida todavía. De ello son completamente conscientes ante todo, en primer lugar, muchísimos musulmanes y musulmanas, aunque desde fuera pueda parecer lo contrario.

Que el mundo islámico no constituye un bloque político está también suficiente y repetidamente comprobado; no ya en términos de comportamiento unido, ni tan siquiera en términos de comportamiento auténticamente coordinado y dotado de objetivos concretos y precisos. Mantener lo contrario es estar totalmente de espaldas a la realidad. El mundo árabe aparece también como el ejemplo más claro al respecto. La insuficiencia institucional y programática que le aqueja es acumulada y parece que insuperable. Y en su caso resulta particularmente grave, puesto que no carece de posibilidades y potencialidades evidentes para la coordinación, interacción y complementariedad efectivas, que correctamente entendidas, distribuidas y aplicadas, le dotarían de la flexible y firme vertebración interior que le falta, o que se manifiesta sólo, en ocasiones, de manera débil y limitada.

Todo ello no excluye, sin embargo, que pueda reaccionar en el futuro con carácter y propósito reivindicativos, en circunstancias muy concretas y en zonas y regiones determinadas. Existen también conflictos y cuentas pendientes que concentran una extremada sensibilidad y una extraordinaria dimensión simbólica: por ejemplo, y ante todo, Jesusalén, expresión máxima —hasta a nivel islámico total— de la cuestión palestina.

El mundo islámico sufre, en bastantes casos y aspectos, un déficit de libertad, de concesión y práctica de la misma. Está bastante extendida en el medio occidental la idea de que Islam y libertad resultan incompatibles, idea que es errónea e injusta. Sí es cierto, en cambio, que buena parte del material

doctrinal islámico está necesitado de una profunda reinterpretación renovadora de rigurosa inspiración histórica, que puede y debe volver a hacerse, aunque no resulte tarea fácil. Pero la decisión de hacerlo así, los métodos a seguir y las soluciones adecuadas, que han de ser variables y adaptadas a cada situación y circunstancia concretas, deben salir de su propio seno. Y esto es factible. Ese déficit de libertad afecta muy en especial a los conflictos sociales y a las manifestaciones culturales. A este desafío ha de responder el Islam, tanto en el plano individual como en el colectivo, y además de forma urgente y decisiva. De no hacerlo, el nivel y la envergadura de las crisis crecerán de tal manera que se le harán insostenibles.

Muy convulso, inestable y fragmentado ya, corre el riesgo indudable de aumentar en convulsión, inestabilidad y fragmentación, en su espacio central y nuclear —desde el Magreb hasta Pakistán— y en sus diferentes periferias. Éstas tampoco están exentas, aunque no sean comparables entre sí: ni en estructuras, ni en coyunturas, ni en previsiones de trayectoria y evolución. Pocas ayudas auténticas para salir de esa situación, a pesar de los numerosos cantos de sirena que le cercan, podrán venirle de los diversos exteriores. Las formas, modos y alcances de regeneración son competencia y responsabilidad de ellos —y de ellas— esencialmente.

Una última reflexión sobre el Islam «al oeste de Allah», el Islam de la inmigración, el único que posiblemente interesa en medios occidentales, por su proximidad, inevitabilidad y repercusión. Las soluciones no pueden producirse sin la actuación de dos exigencias insustituibles e inexcusables para el mejor entendimiento y la convivencia: integración y tolerancia, como se repite una y otra vez. Pero ha de quedar claro que integración no significa disolución ni la tolerancia un ejercicio de condescendencia baladí desde la creencia rígida en una superioridad falsa. □